



NIÁGARA

El tren pasó de la velocidad máxima á la mínima y pudimos ver más despacio, y pudiéronse dibujar más detalladamente en nuestra retina, las manchas de bosque color de tabaco, los grupos de caseríos con simétricas placas de nieve en los tejados, y abajo, acá, allá, vastos charcos blancos en el suelo húmedo y fangoso. Paró el tren; eran las siete de la mañana.

De la temperatura de veinticinco centígrados del Pullman, pasamos á tres ó cuatro grados bajo cero en la estación, rápidamente, como se hace todo allí, sin transiciones, sin matices, en *bloc*.

Una gran bocanada de viento polar nos caló de frío hasta la médula; el cielo espeso, acolchonado de enormes vellones de lana gris, se nos venía encima y con él nos ponía en contacto la lluvia á manera de rocío de moléculas de hielo. Sería una hipérbole decir que la sensación era agradable; la verdad es que yo no pensaba en ello; mientras mis compañeros arreglaban nuestra translación á *Niagara-house*, el único hotel que permanecía abierto en el lado americano, yo veía con lentitud en

derredor mío, como queriendo convencerme á mí mismo de que era indiferente. Estaba resuelto á no sorprenderme; ¡había visto tantas veces en fotografía la gran catarata! ¡la había soñado tanto, que toda sorpresa era imposible! Al contrario, sentía de antemano la orgullosa melancolía de la desilusión. Muchas descripciones del Niágara había visto: la de Chateaubriand, la de Tyndall (hablo de las que me habían impresionado más) y la que me era íntima y familiar, escrita por mi padre en 48, precisamente en la época en que yo nacía. No las recordaba en aquel instante; ni quería. De la poesía de Heredia apenas se había salvado en el naufragio de mi memoria esta frase: *Niágara undoso* . . . ¡Puede llamarse undoso al Niágara, Dios mío!

La impaciencia me devoraba, como la zorra las entrañas del joven espartano, sin que mi fisonomía dejase traslucir nada. Los rostros de los gordos compuestos de curvas más ó menos amplias, son muy propios para disimular las emociones; serían máscaras gruesas, pero perfectas, si la facilidad de cambiar de color no nos vendiese . . . Me desconcertaba profundamente una cosa: el ruido, el famoso trueno perenne del Niágara, que se escucha á treinta kilómetros de distancia, allí, á doscientas varas, no se oía. ¿Dónde está el trueno? preguntaba á mis compañeros. Y todos nos deteníamos y tendíamos el oído . . . Nada: el Niágara no estaba de truenos ese día, no rugía el león; tenía frío.

Atravesamos en un carruaje casi cómodo, algunas calles de la ciudad, de la misma ciudad americana de siempre. Estas ciudades de casas muy altas, emparrilladas de ventanas desnudas de ornato, pintadas de los mismos colores, construidas del mismo material, alineadas por idéntico modo, parecen hechas en una fábrica, con los mismos moldes, como los sombreros ó las maletas. Llegamos al hotel; nos instalamos rápidamente; corrimos á las estufas luego, y en seguida comimos muy bien un mal almuerzo.

Luego, mientras los coches de la excursión llegaban, visitamos de prisa el salón de baratijas del Niágara: *niagaridades*

les llamaré, con escándalo de la Academia y de la eufonía. Sí, allá en el fondo de un corredor, había una ventana, y desde esa ventana se veía un buen trozo del río . . . Pero yo no quise ver aquello.

La graciosa muchacha que cuidaba de las niagaridades y las vendía suavísimamente caras, me mostraba unas fotografías, excelentes por cierto, y unos muñecos vestidos de indios de la comarca y pipas de todos tamaños y mocasines de piel sedosa y rosarios de *niagara-stone* y centenares de prensa-papeles de cristal con su niagarita dentro, en todas las posturas, y corta-papeles y qué sé yo. Todo era muy bonito y no poco fastidioso. Estaba ya aburrido del Niágara.

*

Partimos al fin . . . El aspecto de las cosas se había ido transformando; las hebrillas líquidas de la llovizna se habían cuajado y bajaban en menudísimo polvo de sal blanca; pero aquellos átomos pronto se cambiaron en estrellitas que caían y caían y caían en prodigioso número, sin ruido, y lo algodónaban todo, y nos vestían de blanco en unos cuantos segundos . . . El invierno había llegado al Niágara en el mismo tren que nosotros, y es un decorador incomparable; aquí en nuestro clima sólo colorea espléndidamente el cielo y descolora la Naturaleza; allá es distinto, allá es un divino cristalizador. ¿Abusa de lo blanco? ¡Oh, no! Al menos para mí.

Iban nuestros carruajes á buen paso por las calles; en una especie de garita recogimos unos boletos, para pasar por las estaciones que trazan nuestro itinerario. Todo blanquea, de los tejados al piso; las ruedas de los coches corren sobre *uata* y no dejan surcos pardos como suelen; la nieve es ya una capa espesa. Los bosques, que se acercan ó se alejan aquí y allí de la corriente, están vitrificados; las ramas son corimbos de cristal, los troncos emergen blancos de la blanca nieve; por entre las ramas se ve correr al río furioso, rabiosamente gris y espumarajeando bajo la fusta de la ráfaga; en el fondo, en el último término de

aquel silencio glacial, un rumor inmenso, el trueno de la catarata. Lívido de impaciencia y de frío bajé del coche; el viento y la nieve nos empujaron y entramos á . . . un museo de niagaridades. . . . Muy comfortable, á fe; buena temperatura, lindas muchachas que ofrecían, como los tratantes europeos á los negros de Africa, baratijas de mil pintorescas especies, las mismas que habíamos visto en la ciudad: *wingwams*, *calumets*, *mokasines*, *tomahawks*, en fin, todo el *atrezzo* de una novela de Fenimore Cooper; esperaba yo darme de manos á boca, al salir, con *el último mohicano*

No, no estaba ahí, ó no lo ví, porque al salir estábamos junto á la Caída americana, en una gran terraza, cuyos bordes de piedra dominan el río, y que deja gastar uno de sus ángulos por la masa de agua que llega con tranquilidades de reina que va á morir, y luego, en una graciosa voluta espesa y transparente, al través de la cual se ven las aristas de las rocas, cae de golpe y ruje dolorosamente y levanta oleadas y remolinos en el río. Allá abajo veíamos la orilla de ese río desequilibrado y frenético, con su vía férrea que se mete casi bajo la Cascada, y su muelle en donde se embarcan los viajeros que hacen el viaje profundamente conmovedor de la *herradura*, es decir, que llegan á la boca del abismo. La Herradura estaba allá: la Gran Caída, al lado de la cual la angosta cortina americana tiene elegancias y coqueteos de mujer; de mujer demente, eso sí, como Ofelia. La Herradura es el anfiteatro ciclópico de rocas de donde se lanza el brazo principal del río; no la veíamos, la entreveíamos; una nube de agua pulverizada que subía del fondo y pugnaba por confundirse con la tormenta, velaba aquel espectáculo soberano que se dibujaba en nuestra retina, y se transmitía á nuestro espíritu con no sé qué lineamientos apocalípticos.

Metimos la mano en el agua de la Catarata y, convertidos en ambulantes estatuas de sal, volvimos al museo donde las *mises* limpiaron nuestros abrigo de su forro blanco. Y seguimos río abajo. Otro museo. Lo mismo; todo muy ordenado, muy arreglado; los mismos indios de Cooper, con sus caras de palo pinta-

do muy coloradas, muy serias, muy feas; las mismas indias llevando á sus vástagos ocultos bajo los paños azules del *enredo* (como por acá decimos); las mismas enormes raquetas para los pies, las mismas barcas de cuero, y las mismas gargantillas, pulseras y anteojitos; todo hecho por los *pieles rojas*. . . . en Alemania. Y, sobre todo, las mismas muchachas, con los mismos delantales, las mismas caras blancas y rosadas, sonriendo del mismo modo, rogando de idéntica manera y cazando los dineros del transeunte con la misma dulce y apremiante habilidad. Sospecho que estas señoritas han sido encargadas á la misma fábrica por la empresa de explotación del Niágara; debe de haber una Escuela Normal para educar á estas lindas extraedoras de *dollars*. Yo, encastillado en mi ignorancia del inglés hablado, había salido bastante bien de la aventura. «¡Ah! usted es español, me dijo una de ellas; pues venga usted á ver estos rosarios.» ¡Ay de mí! aquella joven era poliglota; no habia defensa posible.

*

Por unos pasadizos tapizados de nieve corrimos á ver más de cerca el río; nuestras compañeras asentaban mal el inexperto pie mexicano en aquel resbaloso colchón, y rodaron. Nos conducía el último mohicano bajo las especies de un viejo inválido de la guerra de secesión; habia bajado por aquellos angostos pasillos cien mil veces. . . . y rodó también. Volvimos á nuestros coches. . . . Bajamos un poco más hacia aquel río, ahora visto sin cesar á través de las amortajadas ramas, plumizo y formidable como el cielo; paramos en otra estación, es decir, en otro museo, en otras baratijas niagarescas, en otras muchachas bonitas, en otro hogar idéntico á los otros. . . . Pasamos, nos metimos en un descensor, y, por un tubo enorme, bajamos hasta la orilla del río, al pie de la Caída americana. La nevada sigue sin tregua, parece que la atmósfera ha convertido todos sus átomos en plumones blancos, que no caen verticales, sino que vuelan arremolinados; el viento nos los escupe al rostro. . . . ¡Qué tremendas

colisiones de olas! Que abscesos gigantescos de agua reventando en espuma! Aquello era una cinta de mar en borrasca, encajonada en la enorme barranca Nos retratamos; puede uno retratarse en un gabinete, ó en el hotel, ó en Nueva York; es lo mismo. Se escoge el fondo: un trozo del Niágara, y resulta uno más ó menos familiarmente de espaldas á la Catarata.

Algunos minutos después corríamos silenciosamente hacia el Canadá; cinco ó siete pulgadas de nieve cubrían el suelo; la sinfonía en blanco mayor estaba en su crescendo soberano. Todo habia desaparecido; no había más que un infinito panorama de nieve que servía de marco á una nube de agua; esa nube era la Catarata. El sol, mancha difusa y vaga de oro blanco, deslizaba por algún repentino intersticio una efímera flecha de fuego que irisaba un segundo el humo de la Caída, daba un tono súbito de espejo metálico á un fragmento de agua y desaparecía apenas entrevisto, apenas soñado.

Aquellas selvas, todavía esta mañana maravillosamente coloreadas de cobre rojo, de oro viejo y de verde anémico de una suavidad inefable, por el lánguido pincel del Otoño, no son más que masas cónicas de sal lavada. Hace un instante aún, la parte de los árboles no expuesta al viento, se mostraba oscura; ahora la nieve cae más vertical y todo queda del mismo color diáfano y lácteo. La sombra es azul, las ramas son millares de racimos de cristal, armados en alambre negro. El paisaje es lunar; viajamos por el planeta muerto; el calor es un recuerdo; la naturaleza es un cadáver muy rígido, muy pálido

Por un puente de vidrio pasamos al Canadá; asombrados veíamos trozos colosales de la gran Herradura, entre la espesa y retumbante niebla que vomitaba el abismo; el cielo, arrastrado por la tormenta, se pegaba al sudario blanco, como un beso húmedo y convulsivo. La Caída estaba trágica, era la tragedia misma, la tragedia de lo fugaz, de lo que se va, de lo que no vuelve, del tumultuoso hervor de la transformación eterna. Eso era horroroso y divino. El Dante debió de haber soñado paisajes así: si su alma era un abismo, esas aristas de rocas que deja ver

la transparencia del agua verdinegra, se me fijuraban el brocal roto de aquella alma

Llegamos El 5º museo. ¡Oh! Dios de los paisajes sublimes, ¿por qué permites esto? ¿Por qué te han forzado estos sajonnes á tamaña condescendencia? ¿Por qué has dejado convertir el Niágara en una juguetería? El Niágara es ya un drama con entreactos de pastorela, es un trueno con intermedios de sonaja, es una sinfonía con intervalos de organillo, es un cíclope con un racimo de guapas chicas bajo el brazo; ¡vamos, es un ogro, es un cuento de Perrault!

No vimos nada; nos fuimos derecho á un gabinete en donde dejamos nuestros abrigo y, en un santiamén, los pilotos de la Catarata nos vistieron de hule de pies á cabeza; las manos quedaban desnudas para estar expeditas, lo que me puso pensativo: estábamos ridículos é impermeables.—Vamos al descensor; salgamos al aire libre. ¡Y no era poca la libertad de aquel aire! La nieve nos azotaba el rostro, nos cegaba, se nos amontonaba en las barbas, formaba estalactitas en nuestras pestañas y cornisas en nuestras cejas; el frío nos mordía á su gusto la cara y las manos indefensas. Un gran blondo nos perseguía; con la obstinación implacable y suave de los hiperbóreos, nos obligó á sentarnos sobre un montículo de nieve y nos retrató. ¡Qué agradable y qué estético debe de ser el cuadro! Nuestros trajes nos dan una apariencia de escafandros buseando en la nieve! ¡Oh, la fotografía, la fotografía, el medio infalible de inmortalizar lo feo!

Seguimos á paso veloz, rumbo al abismo; en la jaula del descensor íbamos tres mexicanos, dos señoritas americanas con sus impermeables amarillos que les daban un curioso aspecto de coleópteros sobrenaturales; ¡con decir que dentro de los pantalones tienen que caber todas las enaguas!—y el guía. La temperatura bajaba con nosotros, se despeñaba á saltos del cero abajo; nuestras manos pasaban del color de la sangre viva al lívido; aquello era un sufrimiento lleno de atractivo y de deliciosa angustia.

Llegamos, dejamos nuestra jaula. . . . He aquí la Catarata ó algo que me figuré que eso era; un telón espeso de agua y tempestad que huía á nuestro lado, que huía de sí misma como una loca exasperada al vislumbrar el precipicio. Lo que me pasmaba era la suprema majestad con que la corriente llegaba al borde y el repentino vértigo de la caída; la masa perseguía á la masa, la molécula á la molécula, sin cesar, sin cesar nunca desde la Creación que es el principio que asignamos á lo que no lo tiene; aquel infinito de átomos caía con fuerza tal, que parecía llegar al fondo de la tierra de donde surgía instantáneamente en forma de nube, y de un sólo esfuerzo, de un sólo trueno volvía á nivel de donde había caído, al través del íris, en días de sol, hoy, en medio de las ráfagas de nieve que la azotaban y la deshacían.

Pasamos, cortándonos las manos, por una garganta estrechísima de rocas. ¿Cómo pudo efectuar mi curiosidad dolorosa la tracción de mis dos ó tres toneladas de carne? ¡lo ignoro! Ello es que el viento y la nieve nos ahogaban cuando llegamos al pie de una roca inmensa; por una escalera de mano subimos á la meseta, uno de cuyos ángulos perfora al torrente que vuela casi por encima de ella. Con un terror divino veíamos al monstruo lanzarse hacia nosotros, bañarnos en su vaho y desplomarse á nuestros pies á una distancia que parecía la misma que hay entre el cielo y la tierra.

Bajamos de nuestro mirador terrible y, seguidos ó precedidos por nuestras bizarras compañeras, subimos por una estrecha galería tallada en el granito y pavimentada de madera; al salir de ella nos sentimos inundados; todo el ambiente era agua; estábamos debajo de la bóveda líquida de la Caída. No veíamos ni de dónde venía ni á dónde iba aquello; teníamos delante un muro de cristal en disolución perenne; las rocas vibraban en inabarcable terremoto bajo nosotros; todo nos indicaba que estábamos en poder de la Catarata.

Avanzamos más, llegamos hasta un banco tallado en la masa de piedra, y allí nos sentamos, bajo una *ducha* que parecía salir á borbotones de la constelación de Acuario, y frente al velo ras-

gado de la Gran Humeante. Luego por una cornisa fuimos á un balcón desde donde vimos otro aspecto del abismo. ¿Cómo no resbalamos unos cuantos centímetros hacia afuera y volamos al precipicio que nos habría reducido á humo? Comprendí que era inútil contemplar más en aquel momento; había llegado al límite en que la sensación se transforma en alucinación, en que ya no vemos, sino imaginamos. Después que nos desvestimos y tocaron con fruición nuestras manos ateridas algunas tibias y auténticas pieles boreales, repasamos el río por otro puente.

La nevada había cesado, y no es posible decir la gracia con que el ilimitado marco de plata encerraba en su centro á la Catarata. Nuestro cerebro reposaba en esa dulcísima impresión, y tornábamos á figurarnos, en aquella claridad azulosa, que viajábamos por la luna. Solo el agua del río corría negra bajo la espuma. De cuando en cuando una plantita, vivaz aún, hacía un esfuerzo por levantar la gran mortaja blanca y mirar al cielo.

.....
¡Oh! volver, volver, murmuraba yo acostado, á media noche, en el muelle, pero diabólicamente trepidante lecho del *sleeping-car*, corriendo á todo vapor rumbo á Chicago. Y asistí en sueños á la maravillosa caída del Ganges, desde el cielo, sobre la cabeza del dios Shiva, mayor que la Tierra; en cuanto pude releí el texto famoso del Ramayana «La atmósfera, llena de miriadas de copos de blanca espuma, brillaba como brillaba un lago plateado por el plumón de los cisnes. El agua, que caía de la cabeza de Mahadeva, se precipitaba al suelo de donde subía y á donde bajaba perennemente en torbellinos, antes de seguir su espléndido curso.»

La verdad es que la imagen del Niágara queda en el espíritu como un inmenso telón de fondo; es una decoración perpetua para el drama subjetivo cuyos episodios constituyen el interés y la tristeza de la vida interior.